

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

SEGUNDA PARTE

El espíritu en la fe y la vida sacramental de la Iglesia (s. III-IV)

Al correr de los siglos, la Iglesia daba testimonio de la presencia y acción del Espíritu en su interior, no solamente en manifestaciones de carácter extraordinario como pretendían los montanistas, sino en la vida cotidiana de las comunidades. Este Espíritu operante en la Iglesia era, sin embargo, independiente de ella, pero no a la inversa. De aquí que podemos señalar algunos medios privilegiados por los que el Espíritu Santo se manifestaba con fuerza, y que llegaron a ser verdaderos "lugares teológicos", tales como la confesión de fe de la Iglesia y su vida litúrgica y sacramental, entre muchos más.

En la *confesión de fe* de carácter trinitario que se profesaba en el momento del *bautismo*, la fe en el Espíritu Santo propuesta por la comunidad y profesada en la piscina bautismal reconoce a la Iglesia como ámbito privilegiado de acción de este Espíritu. La *Tradición Apostólica*, atribuida a Hipólito de Roma, dice:

Quando aquél que será bautizado hubiera descendido al agua, el que lo bautiza, imponiéndole la mano, preguntará: "¿Crees tú en Dios Padre Todopoderoso?". Y él responderá: "Yo creo". Seguidamente (aquél que bautiza), teniendo la mano puesta sobre su cabeza, lo hará por primera vez. A continuación dirá: "¿Crees tú en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació por el Espíritu Santo de la Virgen María, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, que murió y al tercer día resucitó de entre los muertos; que subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre, que vendrá a juzgar a los vivos y a

Ver en CUADERNOS MONÁSTICOS XXV, n. 92, 1990, pp. 61-98, la Primera Parte de este artículo.

los muertos?”. Y cuando él haya dicho: “Yo creo”, será bautizado por segunda vez. Se le preguntará a continuación: “¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia, para la resurrección de la carne?”. Y él responderá: “Yo creo”, y así será bautizado por tercera vez”¹³⁴.

La mención de la resurrección de la carne, que también aparece en otros escritos, hace referencia al término de la fe del neófito y al coronamiento de la acción del Espíritu.

Este Espíritu dado por Cristo en el bautismo es el don que nos hace cristianos, como lo expresaba Ireneo:

Efectivamente, mientras el Padre lleva a la vez a la creación y a su Verbo, el Verbo, sostenido por el Padre, otorga el Espíritu a todos los seres, conforme a la voluntad del Padre: a unos, por creación, el (Espíritu) de la creación, que es hechura; a otros, por adopción, el procedente de Dios, que es linaje. De esta suerte se manifiesta (*Ef 4, 6*) *un solo Dios Padre que está por encima de todos y a través de todos y en todos* (nosotros). Por encima de todos el Padre, y él es cabeza de Cristo (cf. *1Co 11, 3*); a través de todos el Verbo, y él es cabeza de la Iglesia (cf. *Ef 5, 23; Col 1, 18*); y en todos nosotros el Espíritu, y él es el agua viva que da el Señor a quienes creen rectamente en él (cf. *Jn 7, 39*) y le aman...¹³⁵

y nos hace ingresar en la Iglesia que es “santa” porque él mismo la construye, la santifica, la pneumatiza, eligiendo a aquellos que entrarán a formar parte del pueblo de la nueva alianza, pues: “la Iglesia, siendo espiritual, se manifestó en la carne de Cristo, poniéndonos así de manifiesto que quien la guardare la recibirá en el Espíritu Santo”¹³⁶.

La acción del Espíritu en el hombre al que inhabita comprende, según Ireneo, la transformación final que se concreta en la incorrupción que el Espíritu le comunica, expresada en una “vida larga y sin fin otorgada por Dios”:

Ser la carne susceptible de vida, manifiéstalo el hecho de vivir. Vive efectivamente por cuanto Dios quiere que viva. Que también Dios es poderoso para darle vida, salta a los ojos, pues vivimos merced a la vida que él nos da. Según eso, ya que el Señor es poderoso para vivificar su obra, y la carne es susceptible de ser vivificada, ¿qué resta que le impida participar en la incorrupción (que el Espíritu le comunica), a saber, en la vida larga e interminable otorgada como don por Dios?¹³⁷

134. HIPÓLITO de ROMA, *Tradición Apostólica*, 21.

135. IRENEO de LYON, *Adversus Haereses*, V, 18, 2.

136. *Segunda Carta de Clemente*, 14, 3.

137. IRENEO de LYON, *op. cit.* V, 3, 3.

con lo cual no se afirma sino que todo lo creado está llamado a la salvación.

La confesión de fe bautismal no era en la Iglesia una mera profesión de palabra, sino una actitud vivencial que debía testimoniar la fe a los ojos de toda la comunidad, aun a riesgo de la propia vida: "La boca que responde *Amén* no tiene derecho, a la hora del mártirio, de adorar y confesar eternamente a ningún otro que a Dios y a su Cristo"¹³⁸.

Dentro de los frutos de la administración del bautismo no sólo se contaba la entrada en el pueblo santo, sino especialmente la remisión de los pecados y el don del Espíritu Santo:

Señor Dios, tú que los tornaste dignos de obtener la remisión de los pecados por el baño de la regeneración, hazlos merecedores de llenarse del Espíritu Santo y envía sobre ellos tu gracia, a fin de que te sirvan cumpliendo tu voluntad; ya que para ti es la gloria, Padre e Hijo con el Espíritu Santo, en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén¹³⁹,

lo cual muestra la concepción de que toda la iniciación bautismal es obra del Espíritu.

Agregados por el bautismo al cuerpo de Cristo, los cristianos reciben como él la unción del Espíritu, con lo cual quedan *marcados con el sello del Espíritu que se nos ha dado como arras* (cf. 2Co 1, 21-22). Este Espíritu recibido en el bautismo es el que lleva a plenitud la economía de la salvación en la Iglesia, desde los acontecimientos evangélicos hasta su prolongación en los sacramentos, desde el perdón de los pecados hasta la consumación en la eternidad.

En la Iglesia primitiva la iniciación cristiana tenía su término en la *eucaristía*, como testimonian las catequesis y liturgias antiguas. Al comparar las profesiones de fe y las anáforas eucarísticas podemos ver la armonía existente entre ambas, lo que indica que la fe profesada en el bautismo llegaba a convertirse en acción de gracias en la oblación eucarística. El Espíritu Santo no estaba ausente del misterio eucarístico, como no lo estaba de la administración bautismal.

La anáfora de la *Tradicón Apostólica* (s. III) es toda una invocación dirigida al Padre para que, tras la misión del Hijo, envíe el Espíritu a la eucaristía y a la Iglesia:

138. TERTULIANO, *De spectaculis*, 25.

139. HIPÓLITO de ROMA, *op. cit.* 21.

Te pedimos que envíes tu Espíritu Santo sobre la oblación de la santa Iglesia, reuniendo en la unidad a todos los santos que comulgan en tus santos misterios, para llenarles del Espíritu Santo, para la confirmación de la fe en la verdad, a fin de que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, por quien te sea dada gloria y honor, con el Espíritu Santo, en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén¹⁴⁰,

epiclesis en la que se invoca al Espíritu no para que consagre las ofrendas que ya lo han sido por la anáfora entera, sino para que reúna a la Iglesia de los santos. Aquí aparece claramente el Espíritu como el congregador y realizador de la unidad de los creyentes, significada y obrada en la eucaristía. Este tema del Espíritu como agente de la unidad de los fieles y del perfeccionamiento de la Iglesia en y para la gloria del Padre, será frecuente en las liturgias orientales.

Las anáforas de las liturgias orientales agregan algunos elementos más que la *Tradición Apostólica* con respecto a la invocación o epiclesis del Espíritu en el momento de la eucaristía. En la *Anáfora de los Apóstoles* o de *Addai y Mari* (s. III), el Espíritu es invocado para que descienda sobre la oblación, la bendiga y santifique, en orden a que se realicen los frutos del sacrificio eucarístico:

Y venga, Señor, tu Espíritu Santo y repose sobre esta oblación de tus siervos; bendígala y santifíquela, a fin de que sea para el perdón de las faltas y la remisión de los pecados, para la gran esperanza de la resurrección de los muertos y la vida nueva en el reino de los cielos con todos los que fueron agradables a tus ojos¹⁴¹.

En la *Liturgia de San Juan Crisóstomo* (s. IV), el Espíritu es invocado en el sacrificio eucarístico para que cambie los dones presentados, pan y vino, en el cuerpo y la sangre de Cristo:

Te ofrecemos también este culto espiritual e incruento, y te pedimos, te rogamos y te suplicamos: envía tu Santo Espíritu sobre nosotros y sobre estos dones aquí presentes y haz de este pan el cuerpo precioso de tu Cristo, y de lo que está en este cáliz, la sangre preciosa de tu Cristo, transformándolos con la virtud de tu Santo Espíritu, de modo que sirvan a los que de ellos participaren, para la limpieza del alma, para la remisión de los pecados, para la comunión de tu Santo Espíritu, para la plenitud del reino de los cielos, para la confianza filial ante ti, y no para reprobación o castigo¹⁴².

La *Liturgia de Santiago* (s. IV) procedente de Jerusalén, con respecto a la epiclesis del Espíritu Santo se mueve en esta misma línea

140. *Ibíd.*, 4.

141. *Anáfora de los Apóstoles*.

142. *Liturgia de San Juan Crisóstomo, Anáfora*.

de transformación de los dones y santificación de los fieles, agregando el detalle del fortalecimiento de la Iglesia:

...Envíanos tu mismo Santo Espíritu, Señor, sobre nosotros, y estos dones que te presentamos, y que visitados con su santa, buena y gloriosa presencia, él pueda santificarlos y hacer de este pan el Cuerpo santo de Cristo (Amén) y de este cáliz la Sangre preciosa de Cristo (Amén), de manera que sean para todos los que los compartan para remisión de sus pecados y para vida eterna, para la santificación de sus cuerpos y de sus almas, para abundancia de buenas obras, para fortalecimiento de la Iglesia católica y apostólica, la que tú fundaste sobre la roca de la fe...¹⁴³,

liturgia que comentaba Cirilo de Jerusalén en sus *Catequesis Mistagógicas*.

La *Tradición Apostólica* describe el momento de la comunión de los neófitos en el que estos reciben las ofrendas consagradas respondiendo a tres invocaciones trinitarias, como se hacía en la consesión bautismal:

Los que reciban la comunión gustarán de cada uno de los cálices. Con el primer cáliz, el que lo ofrece dirá: "En Dios todopoderoso", y el que lo recibe responderá: "Amén". Con el segundo cáliz, el que lo ofrece dirá: "Y en el Señor Jesucristo", y el que lo recibe responderá: "Amén". Con el tercer cáliz el que lo ofrece dirá: "Y en el Espíritu Santo y la Santa Iglesia", y el que lo recibe: "Amén"¹⁴⁴,

poniendo de manifiesto que en la comunión eucarística también se recibe el Espíritu Santo, puesto que él es "comunión", idea que también aparece en Efrén, modelo de la liturgia siria: "Él llama al pan su cuerpo y lo llena de sí mismo y del Espíritu. Y quien lo come con fe come el fuego y el Espíritu"¹⁴⁵.

En el ritual de *ordenación de sacerdotes*, la *Tradición Apostólica* nos ofrece una petición del Espíritu:

Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, así como un día miraste a tu pueblo ordenando a Moisés elegir a los ancianos a quienes tú llenaste del Espíritu, mira ahora a tu servidor aquí presente y acuérdale el Espíritu de gracia y de consejo del presbiterio, a fin de que ayude y gobierne a tu pueblo con un corazón puro¹⁴⁶,

143. *Liturgia de Santiago, Anáfora*.

144. HIPÓLITO de ROMA, *op. cit.*, 21.

145. EFRÉN de NÍSIBE, *Sermón para la Semana Santa*, 4, 4.

146. HIPÓLITO de ROMA, *op. cit.*, 7.

mientras en la *ordenación de diáconos* es más reservada:

Dios, que todo lo creaste y dispusiste por el Verbo, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, a quien enviaste, según tu voluntad, para servir y manifestarnos tu designio, acuerda el Espíritu de gracia y celo a tu siervo, al cual elegiste para servir a tu Iglesia y para presentar en tu santuario lo que te es ofrecido por aquel que está consagrado como sumo sacerdote para gloria de tu nombre, a fin de que sirviéndote irreprochablemente y llevando una vida pura, obtenga un estado superior (1Tim 3, 13), y que te alabe y glorifique por tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor, que tiene tu gloria, tu poder y alabanza con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén¹⁴⁷,

todo lo cual descansa en el hecho de que es el Espíritu quien envía a los apóstoles a construir la Iglesia y encomienda a los ministros la misión de conducir el rebaño que se les ha confiado.

El Espíritu dado en el bautismo sigue actuando en la Iglesia a través de su vida sacramental, purificando y santificando a los fieles. En orden a esta misión, el Espíritu concede a la Iglesia el poder de atar y desatar, de perdonar los pecados. De aquí que, si por un lado el pecado expulsa al Espíritu del templo interior profanado, la *reconciliación de los penitentes* renueva en ellos la posesión del Don del Padre:

Ni diga alguien: El que sufre el martirio se bautiza con su propia sangre, ni le es necesaria la paz de parte del obispo al que ha de tener la paz de su gloria y obtener mayor recompensa de la benignidad del Señor. En primer lugar no puede ser apto para el martirio quien no es armado por la Iglesia para el combate, y falla el espíritu que no se yergue y enciende por la recepción de la eucaristía. Pues el Señor dice en su Evangelio: *Cuando os entregaren, no penséis que debéis hablar. Pues se os concederá en aquella hora lo que tenéis que decir. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros* (Mt 10, 19-20). Puesto que dice que en los encausados y que confiesan el nombre de Cristo habla el Espíritu del Padre, ¿cómo puede estar preparado para confesar quien, por no recibir antes la paz, no tuviere el Espíritu del Padre, que fortalece a sus servidores y habla y hace la confesión en nosotros?¹⁴⁸

147. *Ibid.*, 8.

148. CIPRIANO de CARTAGO, *Epístola* 57, 4.

Algo que llegó a ser común en la Iglesia de los primeros siglos fue la creencia de que la confesión de la fe otorgaba a los mártires el privilegio de conseguir certificados de paz en favor de los pecadores, situación que se dio con abundancia en África¹⁴⁹ y Lyon¹⁵⁰, no sin algunos abusos:

Las almas de los mártires sacrificados claman a gritos bajo el altar de Dios: *¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, dejarás de juzgar y vengar nuestra sangre de aquellos que habitan en la tierra? (Ap 6, 10)*. Y con todo se les manda que todavía tengan calma y paciencia. ¿Y habrá alguien que piense poder hacer bien, perdonando y remitiendo indistintamente los pecados contra el juez, o pretender defender a otros antes de ser vengado él mismo? “Los mártires encargan que se haga algo”: si es justo, si es posible, si no es contra el mismo Señor, deben cumplirlo los sacerdotes de Dios; debe haber fácil y pronta condescendencia del ejecutante si hubiere moderación religiosa en el solicitante. “Encargan los mártires que se haga algo”: si no está escrito en la ley del Señor lo que recomiendan, antes hay que saber si ellos lograron del Señor lo que solicitan, y entonces se cumple lo que encargan. Pues no puede saberse en seguida si está concedido por la divina Majestad lo que los hombres hubieren prometido¹⁵¹.

En la ordenación de obispos se invoca al Espíritu Santo para que, entre otras cosas, le conceda el don de perdonar los pecados. Así las *Constituciones de los Apóstoles*:

Concédele, Señor omnipotente, la participación del Espíritu Santo por tu Cristo, para que tenga poder de perdonar los pecados según tu mandato, de dar órdenes según tu precepto y desatar todo vínculo según el poder que otorgaste a los Apóstoles¹⁵²,

eco de la *Tradición Apostólica*:

Da, oh Padre, concededor del corazón, a este siervo tuyo que has elegido para el episcopado, apacentar tu grey santa... ofrecer dones de tu santa Iglesia; y con el espíritu del supremo sacerdocio tenga la potestad de perdonar pecados según tu mandato...¹⁵³.

Este poder de perdonar concedido a la Iglesia es afirmado por muchísimos Padres tanto orientales como occidentales. De entre los muchos ejemplos, citamos el testimonio de Ambrosio de Milán:

149. *Ibíd.*, Epístola 22, 2; 23, 1-3.

150. EUSEBIO de CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 2, 5, 6.

151. CIPRIANO de CARTAGO, *Sobre los Apóstatas*, 18.

152. *Constituciones de los Apóstoles*, 8, 5, 7.

153. HIPÓLITO de ROMA, *op. cit.*, 3.

Por el Espíritu Santo se perdonan los pecados. Los hombres ejercitan su ministerio en el perdón de los pecados; no ejercitan un derecho de alguna potestad. Porque no perdonan en nombre propio los pecados; sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Estos ruegan, perdona la divinidad; hay obsequio de hombres, pero la munificencia es del poder supremo¹⁵⁴,

clara expresión de que la prerrogativa es de Dios, de la cual la Iglesia participa por virtud del Espíritu Santo.

Desarrollo de la reflexión pneumatológica (s. IV)

Los Padres del s. IV, sobre todo los griegos, retomaron los primeros avances que se habían dado en el siglo anterior en materia trinitaria, y con ellos se asiste a un desarrollo de la reflexión teológica, dentro de la cual se insertan los aspectos pneumatológicos. Como trasfondo de todo este esfuerzo de reflexión, y acicate a la vez, hay que señalar la extensión de la herejía arriana que ocasionó graves dolores a la Iglesia. Presentamos a continuación el pensamiento de algunos escritores importantes.

En *Atanasio de Alejandría*, su doctrina sobre la divinidad del Espíritu Santo y su consustancialidad con el Padre se inserta en la línea de su cristología. Deja en claro la necesidad de que el Espíritu Santo sea Dios y no una criatura, pues si esto último fuera cierto, nosotros no tendríamos en él ninguna participación en Dios:

¿Cómo puede ser uno de tantos y pertenecer al número de los que de él participan, uno que no es santificado por otro ni participa en la santificación, sino que él mismo hace a otros partícipes y en él se santifican todas las criaturas?

Si nosotros nos hacemos *partícipes de la divina naturaleza* (2P 1, 4) por comunicación del Espíritu, sería insensato quien afirmara que el Espíritu tiene una naturaleza creada y no la naturaleza de Dios. Pues es por él por quien son divinizados precisamente aquellos en quienes está él. Si él diviniza, no cabe duda de que su naturaleza es divina¹⁵⁵.

Por otro lado, si el Espíritu forma parte de la Trinidad, no puede ser criatura, sino Dios, siendo la Trinidad homogénea en su esencia:

154. AMBROSIO de MILÁN, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, III, 18, 137.

155. ATANASIO de ALEJANDRÍA, *Cartas a Serapión*, 1, 23-24.

Es una locura llamarle criatura. Si fuera criatura, no podría figurar en la Trinidad. Porque la Trinidad, toda ella, es un solo Dios. Basta saber que el Espíritu no es una criatura y que no se incluye entre las cosas creadas. Porque a la Trinidad no se le mezcla nada extraño; es indivisible y homogénea¹⁵⁶,

lo cual implica que el Espíritu es consustancial al Padre, como también lo es el Hijo (recuérdese toda la lucha atanasiana por defender la consustancialidad del Hijo con el Padre frente a la herejía arriana, realidad que se plasmó en el *homoousios* de la fe Nicena):

Si el Espíritu Santo es uno y, en cambio, las criaturas son muchas y los ángeles también son muchos, ¿qué parecido puede haber entre el Espíritu y las cosas creadas? Es evidente también que el Espíritu no pertenece al número de los muchos ni tampoco es un ángel. Mas por ser uno, y aún más por pertenecer al Verbo, que es uno, y pertenecer a Dios, que es uno, es también consustancial a él. Estas afirmaciones (de la Escritura) acerca del Espíritu Santo, por sí solas muestran que, en cuanto a naturaleza y esencia, no tiene nada en común con las criaturas ni nada que sea propio de ellas, sino que es distinto de las cosas creadas, y pertenece, y no es extraño, a la esencia y a la divinidad del Hijo; en virtud de esta esencia y naturaleza pertenece a la Santa Trinidad¹⁵⁷.

Atanasio se alinea con el pensamiento de Orígenes de que el Espíritu Santo debe toda su existencia y todo lo que es al Hijo, por lo que dice:

No es que el Hijo participe del Espíritu para de esta manera poder estar él también en el Padre, ni tampoco se puede decir que reciba él al Espíritu, sino que más bien es él quien lo comunica a todos; y no es el Espíritu el que une al Verbo con el Padre, sino más bien es el Espíritu el que recibe del Hijo... Él es el que, como se ha dicho, da el Espíritu, y cuanto tiene el Espíritu lo tiene del Verbo¹⁵⁸.

Con respecto a la procesión del Espíritu Santo, Atanasio aclara que ésta no es una generación, como lo es la generación del Verbo:

Esas gentes que alimentan una hostilidad permanente contra la verdad, como tú lo escribes, sacan no ya de las Escrituras —porque no lo hallan en ellas— sino de la sobreabundancia de sus propios corazones, lo que eructan diciendo: Si el (Espíritu) no es ni criatura, ni uno de los ángeles, sino que procede del Padre, entonces es, él también, Hijo, y él y el Verbo son dos hermanos. Y si es hermano (del Verbo), ¿cómo es monógeno el Verbo, o cómo no son iguales, sino que Uno es nombrado después del Pa-

156. *Ibid.*, 17.

157. *Ibid.*, 27.

158. *Id.*, *Oraciones contra Arrianos*, 3, 24.

dre, y el Otro después del Hijo? ¿Cómo, si (proviene) del Padre, no se dice que él también es engendrado o Hijo, sino simplemente (que es) Espíritu Santo? Y si él es el Espíritu del Hijo, entonces el Padre es el abuelo del Espíritu.

Estas son las chanzas a las que se libran estas gentes infames que, llenas de una curiosidad indiscreta, quieren escrutar las profundidades de Dios, que nadie conoce sino el Espíritu de Dios vilipendiado por ellos...

Por miedo a que nuestro silencio les provea un pretexto para su imprudencia, que oigan (esto): como no se puede hablar de un padre a propósito del Padre, así no se puede hablar de un hermano a propósito del Hijo. Porque, como está escrito, antes del Padre no hubo otro Dios; en cuanto al Hijo, no hay otro, porque él es el único engendrado. Por eso es Padre de un solo y único Hijo; no es sino en la divinidad donde siempre hubo y hay "Padre" e "Hijo"...

En la divinidad sola, el Padre es propiamente Padre, y el Hijo es propiamente Hijo, y es respecto de ellos que permanece firme (la afirmación de) "Padre siempre Padre", y (de) "Hijo siempre Hijo"... En las Escrituras, el Espíritu no ha sido llamado ni hijo, para que no se lo crea hermano (del Hijo), ni hijo del Hijo, para que no se vaya a pensar que el Padre es (su) abuelo, sino que el Hijo es dicho Hijo del Padre, y el Espíritu, Espíritu del Padre; y así, una es la divinidad de la Santa Trinidad y una la fe (en ella)¹⁵⁹.

La doctrina de Atanasio sobre el modo de esta procesión es importante porque representa como la base de la teología trinitaria de su siglo. Para él, el Espíritu de Dios "procede del Padre"¹⁶⁰ y aunque habla del Espíritu del Hijo y del Espíritu de Cristo, jamás dice que el Espíritu es del Verbo o del Hijo, ni tampoco que procede del Hijo. Sin embargo, parece acertado deducir que en la mente de Atanasio tiene cabida el que el Espíritu proceda del Padre a través del Hijo, y de hecho su procesión del Padre la podemos deducir del conocimiento que tenemos de la misión que ha recibido del Verbo:

Así como el Hijo, el Verbo viviente, es uno, así también la actividad vital y el don con que santifica e ilumina debe ser uno, perfecto y completo; del cual se dice que procede del Padre, porque brilla y es enviado y es dado por el Verbo, quien a su vez es del Padre¹⁶¹.

Este esquema trinitario en que todo va de Dios o el Padre por el Hijo al Espíritu, era propio de la teología griega en la que se movía Atanasio, la cual infería de la misma Escritura:

159. *Id.*, *Cartas a Serapión*, 1, 16.

160. *Ibid.*, 2.

161. *Ibid.*, 20.

El Padre es llamado fuente y luz: *me han dejado a mí*, dice él, *la fuente de agua viva* (Jr 2, 13); y en *Baruc*: *¿De dónde viene, Israel, que estés en el país de tus enemigos? Tú has abandonado la fuente de la Sabiduría* (3, 10. 12); y según *Juan*: *nuestro Dios es luz* (1Jn 1, 15). Ahora bien, el Hijo, en relación con la fuente, es llamado también río, porque *el río de Dios está lleno de agua* (Sal 64, 16); en relación con la luz, (es llamado) resplandor, cuando Pablo dice: *El cual es el resplandor de su gloria y el carácter de su substancia* (Hb 1, 3). Siendo el Padre luz y el Hijo su resplandor —porque no hay que cansarse de repetir a menudo las mismas cosas, sobre todo en estas materias—, se puede ver también en el Hijo, al Espíritu por el cual somos iluminados: *que él os dé*, dice (Pablo), *el Espíritu de Sabiduría, de revelación, en el perfecto conocimiento de él mismo, iluminando los ojos de vuestro corazón* (Ef 1, 17), pero cuando somos iluminados, es Cristo quien (nos) ilumina en él, porque (la Escritura) dice: *Él era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, viniendo al mundo* (Jn 1, 9). Y todavía: siendo el Padre fuente, y el Hijo siendo llamado río, se dice que bebemos del Espíritu. Porque está escrito: *Todos hemos sido abrevados con un solo Espíritu* (1Co 12, 13). Pero abrevados con el Espíritu, bebemos a Cristo, porque: *ellos bebían de una roca espiritual que los seguía. Ahora bien, esta roca era Cristo* (1Co 10, 4)¹⁶²,

de donde deduce la presencia simultánea de las tres personas divinas allí donde está cada una, y viceversa:

Porque la Santa y bienaventurada Trinidad es indivisible y goza de la unidad con relación a sí misma. Si se cita al Padre, su Verbo está igualmente allí y también el Espíritu que está en el Hijo. Si también el Hijo es nombrado, el Padre está en el Hijo y el Espíritu no está fuera del Verbo. En efecto, única es la gracia que (viniendo) del Padre por el Hijo acaba en el Espíritu Santo, única es la divinidad, y no hay más que un solo Dios, que está sobre todo y a través de todo y en todo¹⁶³.

Otro alejandrino que contribuyó al progreso de la reflexión pneumatológica fue *Dídimo el Ciego* quien, en su obra *De Trinitate* dedicó el libro II al Espíritu Santo, y luego escribió un *Tratado sobre el Espíritu Santo* que tuvo generosa aceptación en Oriente y Occidente (Ambrosio de Milán, por ejemplo, lo sigue muy de cerca, lo que le valió la crítica acerba de Jerónimo).

Dídimo comparte con Atanasio el pensamiento de que la doctrina acerca del Espíritu Santo está relacionada íntimamente con la

162. *Ibid.*, 19.

163. *Ibid.*, 14.

doctrina del Hijo, conculcada por la herejía arriana. Los arrianos (específicamente los pneumatómacos) afirmaban la condición de criatura del Espíritu Santo, a lo que Dídimo se opone al considerarlo increado igual que el Hijo, pues de lo contrario no hubiera unido a Cristo en el momento de su bautismo ni ungiría a los cristianos:

En el bautismo, la criatura es unguida con óleo creado y santificado. El Salvador, por ser Dios, fue unguido por el Espíritu santísimo e increado como él, por encima de sus compañeros, es decir, de nosotros. Si el Espíritu Santo fuera una criatura, el que es increado no hubiera sido unguido por él¹⁶⁴,

razón por la cual es Dios, igual que el Padre:

Se demostró que el Espíritu Santo no sólo es Dios, sino igual y semejante al Padre y al Hijo, porque al igual que ellos y de una manera parecida tiene al hombre como templo y porque el que es morada del Padre tiene también al Hijo y al Espíritu de Dios morando dentro de sí; así también el que ha sido considerado digno de que moren en él el Hijo o el Espíritu Santo, tiene también absolutamente al Padre¹⁶⁵.

La procesión del Espíritu para Dídimo no es una generación, como ya lo afirmaba Atanasio:

Como es imposible que el Padre no sea eterna y verdaderamente Padre (pues este nombre no lo tuvo ni en el tiempo ni agregado), así es imposible que el Hijo Verbo y el Espíritu del mismo, no sean eternamente por naturaleza de sus *hipóstasis*; simultáneamente a cuando el Padre fue (concédase hablar así), al punto el Otro fue engendrado y el Otro procedió. Ser Padre del Unigénito, y tener su Espíritu procedente del mismo, no es estar separado; por ser Padre no difiere del Hijo ni de su Espíritu, ni en el tiempo ni en la substancia¹⁶⁶,

y en cuanto al cómo de la procesión, afirma en su *De Trinitate* que "procede del Padre y permanece divinamente en el Hijo"¹⁶⁷.

Dídimo afirma que el Espíritu es la imagen del Hijo, así como éste es la imagen del Padre¹⁶⁸, siendo a la vez Espíritu del Hijo (del Logos o del Salvador)¹⁶⁹ y consustancial con el Padre y el Hijo¹⁷⁰. Al querer completar lo dicho acerca del Espíritu en su *De Trinitate*

164. DÍDIMO el CIEGO, *De Trinitate*, II, 23.

165. *Ibid.*, 10.

166. *Ibid.*, I, 15.

167. *Ibid.*, 31.

168. *Ibid.*, II, 5.

169. *Ibid.*, 6; cf. I, 18; III, 1.

170. *Ibid.*, I, 19. 27.

con el *Tratado sobre el Espíritu Santo*, dio un paso más afirmando la procesión del Espíritu Santo ya no del Padre solo, sino del Padre y del Hijo:

Esto es (*no hablará de sí mismo*) no sin mí y sin el conocimiento mío y del Padre, porque es inseparable de la voluntad mía y del Padre, porque no es de sí, sino que es del Padre y de mí, aquello mismo que subsiste y habla, es para él, del Padre y de mí...

No es posible que el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Verdad y el Espíritu de Sabiduría, entienda, cuando el Hijo habla, algo que ignora, puesto que él es lo que es proferido por el Hijo, es decir, procedente de la Verdad, Consolador de Consolador, Dios de Dios, Espíritu de Verdad por procesión... Como lo entendimos antes, al disputar sobre las naturalezas incorpóreas, así también ahora, el que el Espíritu Santo reciba del Hijo lo que pertenece a su naturaleza, hay que entender que significa no el que da y que recibe, sino a la única sustancia. Puesto que también se dice que el Hijo recibe del Padre aquello mismo por lo que subsiste. Y el Hijo no es otra cosa distinta, fuera de aquello que le da el Padre, ni es otra la sustancia del Espíritu Santo, fuera de aquello que le da el Hijo...¹⁷¹.

Al tratar el tema de la acción del Espíritu en los creyentes, Dídimo sigue la corriente de la teología griega que atribuía al Espíritu Santo la obra de la santificación de los fieles, comenzada en el bautismo y completada por medio de sus dones hasta llegar a su plenitud. El mismo Espíritu que es el Don mutuo del Padre y del Hijo en el seno trinitario, es el primer don y la razón de todos los demás dones otorgados al hombre para su santificación—transformación: “El Espíritu Santo es la plenitud de todos los dones de Dios y nada de lo que comunica Dios se da sin él, porque todos los beneficios que se reciben por gracia de los dones de Dios manan de este manantial”¹⁷², de donde “Nadie puede adquirir la gracia de Dios si no tiene el Espíritu Santo, en quien está probado que consisten todos los dones de Dios”¹⁷³.

Hilario de Poitiers, proveniente del Occidente latino, tuvo oportunidad durante su destierro obligado en Frigia (356-360), motivado por su oposición a la doctrina arriana, de darse cuenta de las afirmaciones heréticas que sobre la naturaleza del Espíritu Santo comenzaban a circular por el Oriente. En su obra *De Trinitate*, aunque el tema

171. *Íd.*, *De Spiritu Sancto*, 34. 36. 37.

172. *Ibid.*, 4.

173. *Ibid.*, 9.

central es el de las relaciones entre el Padre y el Hijo, aborda el tema del Espíritu Santo con ánimo de clarificar situaciones:

Por cuanto concierne al Espíritu Santo ni conviene callar, ni es necesario hablar. Pero por causa de los que no le conocen, no podemos quedar callados. Sin embargo, no sería necesario hablar de aquel que debe ser confesado, ya que el Padre y el Hijo son sus autores. Por lo demás, pienso que no hay que plantear la cuestión de su existencia. Existe sin duda, ya que es dado, se recibe, se obtiene¹⁷⁴.

El término fundamental de la pneumatología hilariana es la concepción del Espíritu Santo como *Don*:

Mandó bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (*Mt* 28, 19), es decir, en la confesión del Creador y del Unigénito y del Don. Único es el Creador de todas las cosas: en efecto, único es el Dios y Padre de quien todo procede. Y uno sólo el Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, por quien todo fue hecho (*ICo* 8, 6). Y uno sólo el Espíritu, el don en todo. Todo está, pues, ordenado según sus poderes y méritos: un solo poder de quien todo procede, un solo Hijo por quien todo fue hecho, un solo Don de perfecta esperanza. Y no se encontrará nada que falte en tan suprema perfección, dentro de la cual, en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, se halla la infinitud en el Eterno, la manifestación en la Imagen, la fruición en el Don¹⁷⁵.

Este don pedido y recibido produce en el creyente la esperanza perfecta, dándole la certeza de conseguir finalmente a Dios:

El don que está en Cristo, siendo uno, está en su totalidad a disposición de todos. Y ya que no falta en ninguna parte, se da en la medida en que cada uno quiera recibirlo. Este don estará con nosotros hasta el fin del mundo, es el consuelo de nuestra espera; en la acción de sus dones es la prenda de la esperanza futura, la luz de nuestras mentes, el esplendor de nuestras almas. Este Espíritu Santo ha de ser pedido, ha de ser merecido, y después ha de ser conservado con el fiel cumplimiento de los divinos preceptos¹⁷⁶.

Para Hilario el Espíritu Santo está unido al Padre y al Hijo en la confesión trinitaria, por lo cual omitir al Espíritu en la confesión de fe es mutilarla:

No tiene medida lo que se exige, es incomprensible aquello a lo que hay que atreverse, es decir, hablar acerca de Dios más allá de los límites fijados por Dios mismo. El estableció nombres que corresponden a la naturaleza: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo que se busca más allá de esto, rebasa el

174. HILARIO de POITIERS, *De Trinitate*, II, 29.

175. *Ibid.*, 1.

176. *Ibid.*, 35.

significado de las palabras, la capacidad del pensamiento, la comprensión de la inteligencia. No se puede expresar, no se puede alcanzar, no se puede abarcar. La naturaleza misma de la cosa hace imposible que las palabras tengan un significado, la luz impenetrable ciega la mente que la contempla, lo que no está contenido en ningún límite excede la capacidad de la inteligencia¹⁷⁷.

Consciente de que los arrianos al considerar creado al Hijo del Padre, se ven obligados a pensar lo mismo del Espíritu Santo¹⁷⁸, Hilario, por su parte, niega categóricamente que al Espíritu se le pueda considerar como una criatura:

Después de haber excluido la palabra "criatura" de la fe que tenemos en el Dios Unigénito, nos pareció apropiado enseñar también aquello que es adecuado y que responde a la verdadera fe respecto a la confesión del Espíritu Santo, para que no faltase nada a cuanto hemos confirmado en la larga y cuidada exposición de los libros anteriores para la plena explicación de toda nuestra fe; pues, una vez hayamos rechazado las blasfemias de las enseñanzas corrompidas que también se dan acerca del Espíritu Santo, la autoridad apostólica y evangélica conservará entero e incontaminado en la confesión de la fe salvadora el misterio de la Trinidad que nos regenera. Y ya nadie se atreverá, con una doctrina fundada en razonamientos humanos, a contar entre las criaturas al Espíritu de Dios que tenemos que recibir como prenda de inmortalidad y para llegar a la comunión con la naturaleza divina e incorruptible¹⁷⁹,

pues considerar engendrado a aquel que penetra y conoce a Dios, es ofender a Dios¹⁸⁰.

Llama poderosamente la atención que Hilario afirme que el Espíritu no puede ser engendrado por el Padre, como lo es el Hijo, ni creado como las criaturas, y que se contente con denominarlo don de la naturaleza divina, sin nunca adjudicarle el nombre de *persona*, nombre que Tertuliano (s. III) ya había conferido al Espíritu Santo. Sin embargo, sí hace explícito que el Espíritu no se identifica con la naturaleza divina:

Y pregunto ahora si crees que la expresión "Espíritu de Dios" significa la naturaleza o una realidad que pertenece a la naturaleza. Pues no es lo mismo la naturaleza que una realidad que pertenece a la naturaleza, no es lo mismo el hombre y lo que es del hombre, y no es lo mismo el fuego y lo

177. *Ibid.*, 15.

178. *Ibid.*, 4.

179. *Ibid.*, L, 36.

180. *Ibid.*, XII, 55.

que pertenece al fuego mismo, y de acuerdo con esto, no es lo mismo Dios y lo que es de Dios¹⁸¹.

Con respecto a la procesión intradivina del Espíritu, el orden de procesión para Hilario es del Padre por el Hijo:

Para mí es indescriptible aquel cuyas palabras en favor mío no puedo narrar. Y con respecto al que ha nacido de ti como tu Unigénito antes de los tiempos eternos, al desaparecer toda ambigüedad en las palabras y toda dificultad en la comprensión, queda solamente que ha nacido; así también, aunque no lo puedo percibir con mi experiencia, estoy seguro de que tu Espíritu Santo procede de ti por medio de él¹⁸²;

nos es dado por el Hijo:

A nosotros nos asiste el Espíritu de la fe, que no se separa de nosotros, el que siempre permanece con nosotros por don del Dios Unigénito y que nos conduce por una ruta que no cambia hacia aguas tranquilas¹⁸³,

y es enviado por el Hijo de parte del Padre:

No negamos la coincidencia de voluntades entre el Padre y el Hijo... El Padre y el Hijo son una sola cosa por su naturaleza, su gloria, su poder, y la misma naturaleza no puede querer cosas diversas. Y oigan todavía al Hijo que atestigua su unidad de naturaleza con el Padre. Dice: *Cuando venga aquel Abogado que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede de mi Padre, él dará testimonio de mí (Jn 15, 26)*. Vendrá el Abogado, lo enviará el Hijo de parte del Padre, y es el Espíritu de la verdad que procede del Padre¹⁸⁴.

Al referirse a la actuación del Espíritu en la historia de la salvación, Hilario asegura que es el mismo en todas sus etapas, lo cual es signo de la presencia de un solo Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento¹⁸⁵. Esta actividad del Espíritu se deja sentir en dos grandes momentos: en la época del Antiguo Testamento y en el tiempo de la Iglesia. Misión particular del Espíritu en el Antiguo Testamento era iluminar, dar a conocer la futura venida del Verbo mediante su encarnación, y para ello suscitó a los profetas, mientras que en los tiempos nuevos son marcados por la donación del Espíritu de parte del Resucitado, en Pentecostés¹⁸⁶, a partir de lo cual la Iglesia comenzó a ser el ámbito normal de la manifestación del Espíritu Santo. En ella él actúa con la multiplicidad de los carismas que construyen el cuer-

181. *Ibid.*, VIII, 22.

182. *Ibid.*, XII, 56; cf. 55.

183. *Ibid.*, 2.

184. *Ibid.*, VIII, 19.

185. *Ibid.*, II, 32.

186. *Ibid.*, VIII, 25.

po de Cristo, hasta poder decir que la Iglesia vive gracias al don del Espíritu:

Uno es el que distribuye y otro aquel en el que esta distribución se concede. Y entiende que es Dios el que siempre obra todo esto, pero de tal manera que obra Cristo, de modo que el Hijo al obrar lleva a cabo la acción del Padre. Y si en el Espíritu Santo confiesas a Jesús como Señor (cf. *1Co* 12, 3), entiende el valor de la triple indicación del Apóstol, pues en la diversidad de dones hay un mismo Espíritu; en la diversidad de ministerios, un mismo Señor y en la diversidad de operaciones, un mismo Dios; y, a su vez, un único Espíritu que obra todas las cosas, distribuyéndolas a cada uno como quiere. Y comprende, si puedes, que el Señor en la diversidad de ministerios y Dios en la diversidad de operaciones es este mismo único Espíritu, que obra y distribuye como quiere; porque en la distribución de los dones uno solo es el Espíritu y el mismo Espíritu obra y distribuye¹⁸⁷.

Este obrar del Espíritu en el seno de la Iglesia, se actualiza en el creyente al regenerarlo y hacerlo hijo de Dios:

Creo en mi regeneración, pero no la conozco, y ya poseo aquello que ignoro. Renazco sin darme cuenta, pero mi renacimiento es eficaz. No hay ningún límite para el Espíritu, que habla cuando quiere, lo que quiere y donde quiere. Y si no se sabe la razón de su ir y venir aunque sepamos que está presente, ¿podré contar su naturaleza entre las criaturas o señalarle límites precisando su origen?¹⁸⁸,

para el creyente el Espíritu se convierte en prenda de inmortalidad;

Todos somos espirituales, si en nosotros está el Espíritu de Dios. Pero este Espíritu de Dios es también Espíritu de Cristo. Y si el Espíritu de Cristo está en nosotros, está en nosotros el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos; y el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también nuestros cuerpos mortales a causa de su Espíritu que habita en nosotros¹⁸⁹.

Podríamos sintetizar el pensamiento pneumatológico de los Padres griegos diciendo que expresaban una conciencia clara de la presencia y de la acción personal del *Pneuma* divino, invisible y poderoso. Con claridad destacaron en la economía salvífica dos movimientos: el del Padre que nos crea a través del Hijo y nos perfecciona en el Espíritu, y el nuestro por el que damos gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu.

187. *Ibid.*, 31.

188. *Ibid.*, XII, 56.

189. *Ibid.*, VIII, 21.

Al hablar sobre la persona del Espíritu lo muestran claramente distinto, venido de lo alto y dado a la Iglesia. Donado a los creyentes, entra en cada uno en el bautismo y anima a la comunidad sea cual sea su modo de vida: reunida en torno a su pastor, o entregada al cultivo de la vida espiritual, como es el caso de la vida monástica. La luz del Espíritu es frecuentemente identificada con la fe, con la inteligencia de la revelación bíblica, y permite el conocimiento de Dios como Padre y del Hijo como su Unigénito. Si algo subrayaron con su teología los Padres griegos fue la pertenencia del Espíritu Santo al núcleo del misterio de salvación.

La contribución de los Padres Capadocios

Los llamados Padres Capadocios merecen mención aparte, no sólo por estar más próximos en el tiempo a la controversia pneumatológica, sino sobre todo por su gran aporte teológico. En este campo buscaron integrar en su reflexión realidades como la exaltación de la trascendencia divina expresada en la especulación sobre la realidad en sí del Dios uno y trino, junto a la obra de divinización del creyente en que se manifiesta la actividad salvífica que afirma la fe. Esto explica su interés por la pneumatología. Subrayaron, probablemente por influencia neoplatónica, el papel del Espíritu como principio de divinización en el dinamismo del retorno de la criatura a Dios y, ayudados por su experiencia espiritual unida a los estímulos de la vida monástica, colaboraron en la elaboración de todo un pensamiento pneumatológico.

a. *Los dos Gregorios*

Con *Gregorio de Nisa* la teología trinitaria griega avanza en la exploración del origen del Espíritu Santo. En su tratado *Que no hay tres dioses* hace descansar la distinción entre las tres personas divinas exclusivamente en sus relaciones mutuas inmanentes, por lo que su actividad al exterior de la Trinidad no es más que una y común a las tres:

En los hombres, las acciones de cada uno en los mismos oficios se distinguen; por eso se dice con razón que son muchas, porque cada una de ellas está separada de las demás, dentro de su propia circunscripción, según el carácter particular de su operación. Pero en el caso de la naturaleza divina

no vemos la cosa igual: el Padre no hace por sí solo nada en que no tome parte el Hijo con él; tampoco el Hijo tiene ninguna operación propia independientemente del Espíritu. Por el contrario, todas las operaciones se extienden de Dios a la creación y reciben distintos nombres según las distintas maneras que tenemos de concebirlas; tienen su origen en el Padre, proceden a través del Hijo y se perfeccionan en el Espíritu Santo... La Trinidad Santa realiza todas las operaciones de manera parecida a como he explicado, no por separado según el número de las Personas, sino de suerte que no hay más que una moción y disposición de la buena voluntad que del Padre, a través del Hijo, desemboca en el Espíritu Santo... Por consiguiente, no se puede llamar tres dioses a los que, conjunta e inseparablemente, por medio de la acción mutua, realizan en nosotros y en toda la creación este poder y esta acción divina de inspección divina¹⁹⁰,

pero sin embargo, hay una diferencia entre su actividad al exterior y sus relaciones mutuas e inmanentes, lo que le permite a Gregorio afirmar que el Espíritu procede del Padre a través del Hijo; inmediatamente de este, mediatamente de aquel:

Al confesar que la naturaleza (divina) es sin variaciones, no negamos la diferencia en cuanto a la causa y lo causado; sólo de aquí aprehendemos que Uno se distingue del Otro, porque creemos que Uno es causa y el Otro (procede) de la Causa; y en aquél que es (procede) de la Causa, nuevamente entendemos otra diferencia (a saber): ser (proceder) inmediatamente del Primero y ser (proceder) por (a través, mediante) aquél que es (procede) inmediatamente del Primero. De esta manera, el (ser) Unigénito permanece sin ambigüedad en el Hijo, y tampoco se duda de que el Espíritu es (procede) del Padre, puesto que la mediación del Hijo le conserva a éste el ser Monógeno (Unigénito) y no priva al Espíritu de su relación natural con el Padre¹⁹¹.

Gregorio compara a las tres Personas divinas con tres antorchas donde la primera comunica su luz a la segunda y por medio de la segunda alumbrada a la tercera¹⁹², pero en su tratado *Sobre la oración dominical* da un paso más al decir:

... La Escritura le llama Unigénito del Padre, y esta expresión establece para él su propiedad. Pero del Espíritu Santo se dice también que procede del Padre y se afirma además que es del Hijo. Pues dice la Escritura: *Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo (Rm 8, 9)*. Así, pues, el Espíritu que procede de Dios es también el Espíritu de Cristo; en cambio, el Hijo que procede de Dios, no es ni se dice que procede del Es-

190. GREGORIO de NISA, *Que no hay tres dioses*.

191. *Ibid.*

192. *Íd.*, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, 3.

- * píritu; y esta secuencia relativa es permanente e incontrovertible. Por tanto, no se puede cambiar y trastocar la frase en su sentido, dé manera que, así como decimos que el Espíritu es de Cristo, digamos también que Cristo es del Espíritu. Por consiguiente, por una parte, esta propiedad individual distingue con absoluta claridad a Uno del Otro; por otra parte la identidad de operación arguye comunidad de naturaleza, quedando de esta manera confirmada en ambos la verdadera doctrina acerca de la divinidad, es decir, que en la Trinidad se cuenta por Personas (*hipóstasis*), pero no está dividida en partes de diferente naturaleza¹⁹³;

no obstante esto, hay textos de Gregorio que parecen contradecir la procesión del Espíritu, del Padre y del Hijo.

En su *Carta a Heraclio* Gregorio aborda la procesión del Espíritu desde el Hijo por el orden de origen:

No hay ninguna diferencia de naturaleza en la Santa Trinidad, sino un orden de Personas verdaderamente subsistentes. Es el orden que enseña el Evangelio, siguiendo el cual la fe, partiendo del Padre, termina por intermedio del Hijo en el Espíritu Santo. Puesto que el Hijo posee todo lo que es del Padre, y que todo lo que constituye la bondad del Hijo es contemplado en el Espíritu, no se puede encontrar en la Santa Trinidad ninguna diferencia de sublimidad y gloria. Conviene, por tanto, concebir el poder, partiendo del Padre, pasando por el Hijo y retornando en el Espíritu Santo¹⁹⁴;

aquí el Hijo es presentado como el intermediario entre el Padre y el Espíritu; el Padre le comunica al Hijo la esencia divina antes de comunicársela al Espíritu, el cual es el término de una procesión que tiene por principio al Padre y al Hijo.

De entre los Padres Capadocios, Gregorio de Nisa fue quizá el que más profundizó sobre las relaciones del Espíritu y el Hijo.

Gregorio de Nacianzo expresa clara y explícitamente la divinidad del Espíritu Santo:

¿Hasta cuándo vamos a ocultar la lámpara bajo el clemén y a privar a los demás del pleno conocimiento de la divinidad (del Espíritu Santo)? La lámpara debería colocarse encima del candelabro para que alumbrase a todas las iglesias y a todas las almas del mundo entero, no ya con metáforas ni bosquejos intelectuales, sino con una declaración clara¹⁹⁵;

193. *Id.*, *Tratado sobre la oración dominical*, sermón 3.

194. *Id.*, *Carta a Heraclio*.

195. GREGORIO de NACIANZO, *Oración 12*, 6.

tema reiterativo en sus obras:

Entre los nombres que se dan a Dios, ¿hay uno solo que no convenga al Espíritu?... Cuando se emplean todas estas expresiones y se las enseña, cuando se añade a ellas la de Segundo Consolador, Paráclito, (Jn 14, 16) y, por así decirlo, de Segundo Dios, cuando se sabe que la blasfemia contra el Espíritu es el único pecado irremisible (Mt 12, 31), cuando se conoce el severo castigo que sufrieron Ananías y Safira por haber mentido al Espíritu Santo, es decir a Dios y no a los hombres (Hch 5), ¿crees que se proclama la divinidad del Espíritu o alguna otra cosa? ¿Qué dura ha de ser tu inteligencia y qué lejos estás del Espíritu, si dudas de esto y si es menester que se te enseñe!¹⁹⁶

En uno de sus *Discursos Teológicos* (V), dedicado al Espíritu Santo, contra los macedonianos, deduce de su divinidad el argumento para probar su consustancialidad, al decir que sólo si es Dios puede ser consustancial¹⁹⁷, y alude a los tiempos en que vive como aptos para reconocer la revelación divina de la verdad que se fue develando en la historia:

El Antiguo Testamento proclamó abiertamente al Padre, pero al Hijo de una manera más oscura. El Nuevo Testamento reveló al Hijo claramente, pero sólo insinuó la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu Santo convive con nosotros y se nos manifiesta con mayor claridad. No era prudente proclamar abiertamente la divinidad del Hijo mientras no se reconociera la del Padre; tampoco lo era el imponer el peso del Espíritu (si vale una expresión tan atrevida) mientras no se admitiera la divinidad del Hijo¹⁹⁸.

Gregorio de Nacianzo aclara que la procesión del Espíritu Santo no es una generación como la del Hijo:

No (digamos) que el Hijo es ingénito, pues sólo el Padre es Ingénito; ni que el Espíritu Santo es Hijo, pues sólo el Hijo es Unigénito; de modo que esto también tiene de divino, aquél la singularidad de la filiación; este, la de la procesión, pero no la de la filiación¹⁹⁹,

a la vez que define con claridad los caracteres de las Personas divinas, implicados en su origen y oposición mutua: "La propiedad del Padre es el inengendramiento, del Hijo el engendramiento y del Espíritu la procesión"²⁰⁰, definiendo el carácter propio del Espíritu como procesión: "El nombre propio del Ingénito es Padre; el del Engendra-

196. *Id.*, *Discurso teológico V*.

197. *Id.*, *Oración 31*, 10.

198. *Ibid.*, 26.

199. *Ibid.*, *Oración 25*, 16.

200. *Ibid.*

do sin principio es Hijo, y el nombre del que procede sin generación es Espíritu Santo”²⁰¹.

Igual que lo hacía Gregorio de Nisa, Gregorio de Naçianzo establece también una relación de continuidad entre las Personas divinas:

Un manantial, una fuente y un río, he aquí lo que quizás puede representar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En efecto, estas tres cosas no están separadas en el tiempo; ellas forman juntas un mismo contenido, aunque se las pueda distinguir por sus caracteres²⁰²,

aunque también hay textos de su pluma que no parecen apoyar la procesión del Espíritu de ambos, del Padre y del Hijo²⁰³.

b. Un hito importante: Basilio de Cesarea y su Tratado sobre el Espíritu Santo.

A finales del 374, una circunstancia fortuita dio origen al *Tratado sobre el Espíritu Santo*. Basilio celebraba junto a otros obispos, entre ellos su amigo Anfiloquio de Iconio, la fiesta del mártir Eupsiques, y usó una doxología no acostumbrada que rezaba: “Gloria al Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo”. Acusado de innovador, se escandalizaron los presentes. Anfiloquio, por su parte, pidió a Basilio una explicación de su proceder, y la respuesta fue el *Tratado sobre el Espíritu Santo*, redactado en el 374-375. En él demuestra que su doxología se justifica por la Escritura y por la tradición, y la argumentación basiliana de fondo se basa en que es preciso ser bautizado según la forma que se ha recibido, creer como se es bautizado, alabar como se cree, tema también frecuente en sus cartas²⁰⁴.

Basilio evitaba llamar al Espíritu Santo explícitamente Dios, basándose en dos razones: el querer permanecer fiel a los términos usados por las Escrituras cuando se habla de Dios, a la vez que acomodarse a la debilidad de aquellos a los que combatía (los macedonios) porque estaban en el error; acaso así se facilitaba su conversión. Esta manera de proceder de Basilio, que descansaba en su pensamiento de que el afirmar que el Espíritu es digno del mismo honor que el Padre y el Hijo equivale a confesar que los tres son de la misma sus-

201. *Ibid.*, Oración 26, 19.

202. *Ibid.*, Oración 31, 31. 32.

203. *Ibid.*, Oración 25, 16; 34, 10.

204. BASILIO de CESAREA, *Epístola* 125, 3; 159, 2; 226, 3.

tancia, le ocasionó la oposición de muchos que creían que compartía las ideas de los semiarrianos (pneumatómacos). No obstante, la idea de la divinidad y consustancialidad del Espíritu Santo subyacía en todos sus escritos, si bien implícitamente:

¿Qué fundamento hay para aplicar al Espíritu todos los demás atributos, igual que al Padre y al Hijo, y privarle solamente de la divinidad? Es de todo punto necesario o reconocerle la comunidad aquí, o no concederla tampoco en todo lo demás. Si es digno de todo lo demás, no es ciertamente indigno de esto... En la investigación de la naturaleza divina hemos de dejarnos guiar por la fuerza de sus operaciones... Si, pues, percibimos que la operación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una única e idéntica operación, que no presenta ninguna diferencia o diversidad en nada, es fuerza que de esta identidad de operación deduzcamos la unidad de naturaleza... Por tanto, la identidad de operación en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo arguye claramente la semejanza de naturaleza. Se sigue de aquí que, aun cuando el nombre de divinidad signifique naturaleza, la comunidad de esencia prueba que este título se adapta perfectamente al Espíritu Santo²⁰⁵.

Basilio describe la situación eclesial transida de choques en las luchas trinitarias, en este caso las diferencias pneumatológicas, en las que fieles y obispos sostenían un combate atroz, contra el bando opositor:

¿A qué compararemos la situación actual? En verdad, yo creo que se parece a un combate naval que hubieran entablado gentes belicosas, habituadas a las batallas de mar, a causa de haber alimentado unos contra otros una gran cólera como consecuencia de viejos altercados...

¿Esta tormenta de la Iglesia no es más salvaje todavía que el tumulto del mar? Todo límite puesto por los Padres se encuentra desplazado, todo fundamento, todo lo que sirve de muralla a los dogmas de la fe está quebrantado, todo lo que se levantaba sobre bases podridas es trastornado, la menor sacudida lo derriba. Nos lanzamos unos sobre otros y tiramos unos a otros. Si el enemigo no ha sido el primero en alcanzarnos, de vuestro auxiliar viene la herida. Y si herido quedas tirado, tu camarada de combate te pisará al pasar... Así, las iglesias se van a golpear como en escollos en las playas de la herejía y perecen con todos sus hombres; otros, entre los enemigos de la Pasión salvadora, se agarran al timón y naufragan en la fe²⁰⁶.

En su Tratado, Basilio afirma que el Espíritu diviniza porque es Dios, es inseparable del Padre y del Hijo, con quienes comparte la di-

205. *Ibid.*, 189, 5-7.

206. *Id.*, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, 30, 76.77.

vinidad pues está “con” ellos y no “después” de ellos como querían sus adversarios:

Volvamos pues al origen del debate: la cuestión de saber cómo el Espíritu Santo es en todo inseparable del Padre y del Hijo y cómo no existe en ellos absolutamente ningún intervalo... Si pues la profecía, obra del Espíritu que reparte los diversos carismas, permite reconocer la presencia de Dios en aquellos que profetizan, que nuestros adversarios decidan qué rango atribuir al Espíritu Santo. ¿Qué es lo más justo, alinearlos con Dios o empujarlos del lado de las criaturas? Y el apóstrofe de Pedro a Safira: *¿Cómo habéis podido concertaros para poner al Espíritu a prueba? (Hch 5, 9)* y *No es a los hombres a quienes habéis mentado sino a Dios (Hch 5, 4)* muestra que las faltas contra el Espíritu Santo son también contra Dios. Así se puede aprender que en toda actividad, el Espíritu está junto al Padre y al Hijo y que es inseparable de ellos. Cuando Dios diversifica los actos y el Señor los ministerios, el Espíritu Santo está presente también para distribuir a su antojo los dones espirituales a cada uno según su mérito, porque, dice el Apóstol: *Hay diversidad de dones espirituales, pero es el mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero es el mismo Señor; diversidad de actos, pero es el mismo Dios que opera en todos (1Co 12, 4-6)*...

Atención. Si el Apóstol menciona en primer lugar al Espíritu, después al Hijo y en tercer lugar al Padre, no será necesario creer por eso que el orden se encuentra invertido. Porque él se inspira en lo que pasa en nosotros: cuando recibimos un don, encontramos primero a quien nos lo entrega, después pensamos en quien nos lo envía y nuestro pensamiento sube, finalmente, a la fuente y al motivo del regalo²⁰⁷.

El Espíritu nos da a conocer la “piadosa monarquía de Dios”:

Cuando adoramos un Dios de Dios, confesamos el carácter propio de las Personas, permaneciendo fieles a la doctrina de la Monarquía divina, sin dispersar en cantidad de pedazos el ministerio de Dios, porque en Dios Padre y en Dios el Hijo único se contempla, por así decir, una sola y misma forma, reflejándose como en un espejo en la naturaleza divina que no acarrea diferencias. En efecto, el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo, puesto que tal es éste, tal es aquél y recíprocamente; si bien en esto no hacen sino uno. De ahí se sigue que, si se considera el carácter distintivo de las personas, ellos son uno y uno, mientras que, según su naturaleza común, los dos no hacen sino uno...

También el Espíritu Santo es uno y también se enuncia aisladamente. Pero por el Hijo que es uno, se relaciona con el Padre, que es uno y viene a completar la bienaventurada Trinidad, digna de toda alabanza. Su intimidad con el Padre y el Hijo está suficiente y claramente manifestada por el hecho de que no se le coloca en la multitud de las criaturas, sino que se le

207. *Ibid.*, 16, 37.

enuncia sólo, aparte. Como el Padre es uno, y uno es el Hijo, igualmente el Espíritu Santo es también uno²⁰⁸,

a la vez que nos sirve de camino al Padre:

El camino que conduce al conocimiento de Dios, va pues del Espíritu que es uno hasta el Padre que es uno; e inversamente, la bondad natural, la santidad de naturaleza y la dignidad real vienen del Padre, pasando por el Hijo Único hasta el Espíritu. De esta manera se confiesan las personas (*hypostasis*) sin que se disgregue la doctrina de la Monarquía²⁰⁹,

de donde se sigue que el Espíritu nos hace subir hasta la unidad de Dios, pero a la inversa Dios se nos da, dándonos al Espíritu:

El Espíritu está en nosotros, se dice, como un don que viene de Dios. Ahora bien, ciertamente no se da al don los mismos honores que al donador. Ciertamente, el Espíritu es don de Dios, pero don de vida, porque *la Ley del Espíritu de vida nos ha hecho libres (Rm 8, 2)*. Don de fuerza también: *porque vosotros recibiréis una fuerza, la del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros (Hch 1, 8)*. ¿Por esto debemos despreciarlo? ¿No ha hecho Dios también de su Hijo un don para los hombres? Él, dice Pablo, *que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo ha entregado por todos nosotros, ¿cómo con él no nos dará todo? (Rm 8, 32)*. Y además: *Para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido (1Co 2, 12)*. El Apóstol habla ahí del misterio de la humanación de Cristo entre nosotros.

Entonces, ¿cómo no pensar que aquellos que usan semejante lenguaje no superan a los judíos en ingratitud, puesto que el exceso de bondad de Dios les da una ocasión de blasfemar? ¿No reprochan al Espíritu habernos dado suficiente seguridad para llamar a Dios: Padre nuestro, porque *Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama Abba, Padre (Ga 4, 6)*, para que la voz del Espíritu se convierta en la misma voz de aquellos que lo han recibido?²¹⁰

Básilio, al hablar sobre la Trinidad, sale al paso de algunas opiniones erradas, y aclara que el hablar de tres Personas no significa de ninguna manera politeísmo:

Cuando el Señor nos enseña un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, nos los entrega juntos, sin considerar el número... uno, Dios Padre; uno, el Hijo único; uno, el Espíritu Santo. Cada una de las Personas (*hypostasis*) se enuncia aisladamente, y si es necesario connumerarlas, no nos dejemos arrastrar por una manera estúpida de contar, a una concepción que sería politeísta²¹¹,

208. *Ibid.*, 18, 45.

209. *Ibid.*, 47.

210. *Ibid.*, 24, 57.

211. *Ibid.*, 18, 44.

y de hecho, en Dios Trino no existe sino una sola energía, una sola acción y una sola economía²¹².

Esta energía divina es poder y amor, como consta por la enseñanza de la Escritura y de los Padres:

Mi propio deseo, es ante todo que él buen Dios nos dé su paz a fin de que reine en todos los corazones. Entonces, esas gentes (adversarios) que se inflaman y se unen contra nosotros con violencia, se apaciguarán en el Espíritu de dulzura y amor²¹³,

por lo que Cristo y el Espíritu obran una sola y misma economía de salvación en el nombre del Padre:

¿Y quién impugnará el designio de salvación establecido para el hombre por *nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tt 2, 13), según la bondad de Dios? Él debe su realización a la gracia del Espíritu. Considérese el pasado: las bendiciones de los patriarcas, la ayuda recibida de la ley, los tipos, las profecías, las hazañas de los guerreros, los milagros realizados por los justos o bien las disposiciones relativas a la venida del Señor en la carne, todo eso ha sido realizado por el Espíritu.

Desde el principio, él acompañó la carne del Señor, puesto que él se había convertido en su unción y se había hecho inseparable, según lo que está escrito: *Aquel sobre quien tú verás descender y permanecer el Espíritu, es mi Hijo bien amado* (Jn 1, 33 y Ec 3, 22), y *Jesús de Nazaret a quien Dios ha ungido con el Espíritu Santo* (Hch 10, 38). Después toda la actividad de Cristo se desarrolla con la asistencia del Espíritu. Aun cuando fue tentado por el diablo, el Espíritu estaba presente, porque está dicho: *Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado* (Mt 4, 1). Estaba también presente cuando Jesús realizaba sus milagros: *Porque si yo, dice, expulso los demonios por el Espíritu de Dios* (Mt 12, 28). Y después de su resurrección de entre los muertos, él no lo ha abandonado. En efecto, cuando el Señor, para renovar al hombre y para darle la gracia del soplo de Dios que había perdido, sopló sobre la cara de sus discípulos, ¿qué dijo?: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos* (Jn 20, 22-23)²¹⁴.

Basado en esta unidad de acción de la Trinidad, Basilio se atreve a argumentar que el Espíritu, al igual que el Hijo, es santo:

Se le nombra Espíritu, como *Dios es Espíritu* (Jn 4, 24) y *Cristo el Señor es el Espíritu de nuestro rostro* (Lm 4, 20). Se le llama Santo, como el

212. *Ibid.*, 7, 18; 16, 40.

213. *Ibid.*, 29, 75.

214. *Ibid.*, 16, 39.

Padre es Santo y Santo es el Hijo. Es, por lo demás, de quien la criatura recibe su santificación; el Espíritu posee la santidad por plenitud de naturaleza, así pues, no es santificado sino santificante²¹⁵,

es Señor:

Entonces, que escuchen todavía este testimonio, que también da al Espíritu, sin equívoco, el título de Señor: *El Señor*, dice Pablo, *es el Espíritu* (2Co 3, 17). Y de nuevo: *Por la acción de nuestro Señor que es el Espíritu* (2Co 3, 18). Para no dejar ningún motivo a la contradicción, yo cito el texto del Apóstol: *Hasta ese día, en efecto, cuando se lee el Antiguo Testamento, ese mismo velo permanece. No es corrido, porque es Cristo quien lo hace desaparecer. El velo caerá cuando se convierta al Señor, porque el Señor es el Espíritu* (2Co 3, 14. 16. 17)²¹⁶,

y es Dios:

Y las pruebas de su comunidad de naturaleza se sacan, no solamente de ahí, sino del hecho de que él dice: "De Dios". No en la forma en la que todas las cosas vienen de Dios, sino en tanto que él sale de Dios; no siendo engendrado como el Hijo, sino como Aliento de la boca de Dios. Boca que de ninguna manera es un elemento corporal, ni Aliento, soplo que se desvanece. Hay que comprender esta boca de una manera digna de Dios; en cuanto al Soplo, es una sustancia viva, dueña de la santificación. He ahí lo que manifiesta el parentesco, pero la forma de existir permanece siempre indecible²¹⁷.

Este último texto citado (18, 46) nos muestra que en cuanto al modo de procesión del Espíritu Santo, Basilio sostiene, como la mayoría de los Padres griegos, que procede del Padre por medio del Hijo. Su procedencia del Padre no es por generación como el Hijo, sino como "aliento de su boca", a la vez que: "la bondad natural, la santidad inherente y la dignidad real que del Padre, a través del Unigénito, se extiende al Espíritu"²¹⁸.

En su *Tratado sobre el Espíritu Santo* Basilio trata extensamente los temas de la acción del Espíritu en los creyentes y en la Iglesia, temas que de suyo precisarían un estudio aparte. Nos limitamos a señalar con respecto a su acción en los fieles que, recibido en el Bautismo, el Espíritu compromete al cristiano a excluir las pasiones y puri-

215. *Ibid.*, 19, 48.

216. *Ibid.*, 21, 52.

217. *Ibid.*, 18, 46.

218. *Ibid.*, 47.

ficar el corazón para alcanzar su unión con él²¹⁹. El Espíritu le señala el camino que le conduce al Padre obrando en el creyente como luz, alcanzándole su santificación, cuya meta está en la contemplación de Dios:

Así como los cuerpos lípidos y transparentes cuando un rayo cae sobre ellos, se hacen también brillantes y, por reverberación, hacen brillar otro resplandor; igualmente, las almas portadoras del Espíritu, recibiendo del Espíritu la luz, se hacen también espirituales y envían sobre los demás la gracia. De ahí proceden el conocimiento anticipado del porvenir, la inteligencia de los misterios, la comprensión de las cosas ocultas, la repartición de los dones de la gracia, la participación en la ciudad celeste, la danza de los ángeles, el gozo sin fin, la permanencia en Dios, la semejanza con Dios y, la cosa más deseable de todas: llegar a ser Dios²²⁰.

Sobre la actividad del Espíritu en la Iglesia, Basilio hace notar su papel en la creación, llenando el Universo²²¹, y guiando a la Iglesia en un Pentecostés continuo²²², afirmándose en la donación de los carismas y en la santificación del pueblo elegido²²³. La Iglesia confiesa al Espíritu de diversas formas: en la oración²²⁴, en las lecturas bíblicas²²⁵, en el silencio²²⁶ y particularmente en el bautismo de sangre y en los mártires²²⁷. Igualmente la Iglesia glorifica al Espíritu con el Padre y el Hijo²²⁸, el cual juzgará al mundo al fin de los tiempos²²⁹, lo que lleva a Basilio a decir que no reconocerlo sería cometer el pecado contra el Espíritu²³⁰.

Basilio concibe toda efusión del Espíritu, todo Pentecostés, como una imitación de la eternidad:

Todo Pentecostés es, también él, un recuerdo de la resurrección que esperamos, en la eternidad. Porque ese día único y primero del que hablábamos, siete veces multiplicado por siete, completa el total de siete semanas del Santo Pentecostés. Comienza en efecto por el primer día (el domingo) y termina por el mismo, desarrollándose cincuenta veces en el intervalo,

219. *Ibid.*, 9, 23.

220. *Ibid.*

221. *Ibid.*, 23, 54.

222. *Ibid.*, 16, 39.

223. *Ibid.*

224. *Ibid.*, 29, 73.

225. *Ibid.*, 10, 24; 12, 28; 27, 65.

226. *Ibid.*, 27, 66.

227. *Ibid.*, 15, 36.

228. *Ibid.*, 24, 55; 29, 73.

229. *Ibid.*, 16, 40; 28, 69.

230. *Ibid.*, 28, 70.

en cincuenta días iguales. Así es una imitación de la eternidad, puesto que como un movimiento circular, comienza y termina en el mismo punto de partida. Durante este período, las leyes de la Iglesia nos han enseñado a preferir el estar de pie en la oración; así es recordada de manera visible esta emigración de la parte alta de nuestro espíritu, dejando el tiempo presente para ir hacia el futuro. Y cada vez que doblamos las rodillas y nos levantamos, mostramos en acto que el pecado nos había tirado a tierra y que el amor de nuestro Creador por los hombres nos ha llamado al cielo²³¹.

La controversia pneumatómaca y su solución

a. Los hechos: herejía macedoniana

El fin del s. III y la primera mitad del s. IV estuvo marcado por la herejía arriana que ponía su énfasis en la persona del Verbo, al cual negaba su consustancialidad con el Padre, haciéndolo inferior y subordinado. En el 325 el Concilio de Nicea definió al Hijo como *homoousios* (consustancial) con el Padre, lo cual no trajo inmediatamente la paz a la Iglesia. Herencia del arrianismo será la controversia pneumatómaca, resultado lógico de los postulados de la herejía madre.

A mediados del s. IV dentro de los simpatizantes arrianos aparecieron quienes, llevando a último término los principios de la doctrina arriana, comenzaron a negar la divinidad del Espíritu Santo. En el 359, Serapión de Thmuis informaba al campeón de la fe de Nicea, Atanasio de Alejandría, que algunos obispos y fieles, aunque reprobaban la doctrina arriana, convertían al Espíritu Santo en una simple criatura al servicio de Dios, aunque superior a los hombres y los ángeles. Estos fueron denominados *pneumatómacos* o enemigos del Espíritu Santo.

Al frente de la nueva herejía se encontraban Macedonio, patriarca de Constantinopla, y Maratonio de Nicomedia. Arrojado Macedonio en el 360 de su sede por los arrianos radicales, tomó la dirección del nuevo grupo, dando forma definitiva a su doctrina, a la vez que captaba las simpatías de muchos semiarrianos.

Dentro de la herejía macedoniana se podían distinguir dos ramas: los que admitían la semejanza completa (igualdad) entre el Padre y el Hijo al modo de los semiarrianos, pero la negaban al Espíritu

231. *Ibid.*, 27, 66.

Santo; y los que declaraban al Espíritu ministro de todas las gracias, criatura de Dios, superior a todos los ángeles, pero subordinado al Padre.

Atanasio consideraba que la fe de Nicea bastaba para refutarlos, pues si aceptaban el *homoousios* niceno, al demostrar que el Espíritu es consustancial al Hijo (como se esforzó en hacerlo), siendo éste consustancial al Padre, de ahí se seguía la consustancialidad del Espíritu con el Padre, lo que implicaba comunión de naturaleza, de eternidad y de divinidad.

En el 362 Atanasio convocó un Sínodo en Alejandría con el fin de atraer a los herejes a la fe de Nicea, a la par que condenaba la nueva herejía. El año siguiente en carta al emperador Joviniano repetía su anatema, profesando la divinidad de las tres personas.

Sin embargo, los macedonianos reunidos en un sínodo en Zele del Ponto reafirmaron su doctrina, separándose de los católicos y de los arrianos rígidos. Al morir Macedonio en el 362, Maratonia de Nicomedia continuó dirigiendo el grupo y en los años siguientes la lucha, en vez de apaciguarse, se enardeció. Es en este ambiente donde grandes Padres de la Iglesia comenzaron a defender la ortodoxia, como hemos visto en el caso de Atanasio, Hilario y los Capadocios, entre muchos más.

Llegada a Roma la noticia de la doctrina macedoniana (o maratoniana), fue anatematizada por varios sínodos romanos, pero para calmar la agitación en Oriente fue necesario convocar un Concilio general en Constantinopla, que siglo después fue considerado ecuménico por las Iglesias de Occidente.

b. Constantinopla I (381): el Concilio del Espíritu Santo

Junto a la herejía pneumatómaca, agitaba al Oriente el error apolinarista, y como las condenas de los aislados sínodos locales no bastaban para restablecer la paz, el emperador Teodosio I convocó a concilio para el 381 en Constantinopla, sin que conste la aprobación inmediata de Roma. De hecho, no asistieron legados del Papa Dámaso.

En el Concilio participaron ciento cincuenta obispos, entre los cuales se contaban treinta y seis macedonianos, número considerable. El Concilio estuvo marcado por varios incidentes, tales como la muerte de Melecio de Antioquía, quien ocupaba la presidencia debido

a la tardanza de Timoteo de Alejandría, y la renuncia a la sede episcopal imperial de Gregorio de Nacianzo al suscitarse la polémica a la hora de designar al sucesor de Melecio, lo cual fue motivo de encarnizadas desavenencias, como lo testimonia el mismo Gregorio:

Los obispos discutían como una pandilla de devotas reunidas. Era una disputa de niños, el ruido de un taller con todas las máquinas en marcha, un vendaval, un verdadero huracán... Discutían sin orden y, como avispas, iban directos al rostro, todos al mismo tiempo. Los ancianos venerables, lejos de moderar a los más jóvenes, les ponían la zancadilla...²³².

A pesar de esta barahúnda y de la designación de un seglar, Nectario, como sucesor de Gregorio en la sede constantinopolitana, el Concilio confirmó la fe de Nicea y anatematizó varias herejías: las de los semiarrianos, sabelianos y, sobre todo, macedonianos y apolinaristas. Los *pneumatómacos* al verse superados, abandonaron precipitada y ostentosamente el aula conciliar. Dentro del grupo ortodoxo brillaron las contribuciones de Melecio y Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa y su hermano Pedro de Sebaste, Cirilo de Jerusalén, Diodoro de Tarso y Timoteo de Alejandría.

El Concilio fraguó un nuevo Símbolo de Fe como síntesis de su enseñanza, el cual no era más que un complemento al Símbolo Niceño. Se amplió el artículo que hacía referencia al Hijo mencionando el papel del Espíritu Santo en la Encarnación ("se encarnó por obra del Espíritu Santo"), y al escueto "Creemos en el Espíritu Santo" niceño se le agregaron algunas notas sobre la divinidad del Espíritu, su procedencia del Padre y su obrar en la historia. La declaración de fe fue completada por cuatro cánones disciplinares, el tercero de los cuales concedía a la sede de Constantinopla, la "nueva Roma", la preeminencia en Oriente, segunda después de Roma, abrogando la preeminencia que Alejandría siempre ocupaba, canon que el Papa nunca aceptó.

El Concilio de Constantinopla por varias razones no fue admitido universalmente desde el principio. En el 451 el Concilio de Calcedonia lo reconocerá ecuménico, pero sólo en el s. VI será considerado como tal en Occidente con la aprobación del Papa Gregorio Magno y los obispos occidentales.

232. GREGORIO de NACIANZO, *Poemas sobre su vida V*.

c. Fe pneumatológica del I Concilio de Constantinopla

La definición de la divinidad del Espíritu Santo que echaba por tierra la doctrina macedónica, cristalizó en el Símbolo Niceno-constantinopolitano en el siguiente artículo:

Creemos en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre (y del Hijo),
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria
y que habló por los profetas²³³.

La denominación "Santo" en el texto original, intencionadamente quería significar el atributo divino de la santidad del Espíritu, en la línea atanasiana que se refería al Espíritu nombrándolo como: "Aquel que no es santificado por otro, ni participante de la santificación, sino que es él mismo participable, aquel en quien todas las criaturas son santificadas"²³⁴.

Al Espíritu se le atribuye un nombre que es propio de Jesús ("Señor"), con lo cual se proclamaba su pertenencia a su misma categoría divina. De esta manera el Concilio afirmaba la divinidad del Espíritu Santo al colocarlo en la categoría de lo divino, refrendando el pensamiento expresado por Basilio años antes: "en el número de las cosas creadas no se puede poner a aquel que está asociado a la divina y bienaventurada Trinidad"²³⁵.

Al Espíritu Santo Señor se lo confiesa *dador de vida*, expresión de origen neotestamentario (cf. *Jn* 6, 63; *2Co* 3, 6). Esta idea de dador de vida tiene en germen la de hacedor de la vida, la cual en los Padres hace referencia a la vida sobrenatural más que a la corporal, con lo que se señala al Espíritu como autor de la vida espiritual, de la santidad, de la virtud, lo cual sólo es posible a aquel que es Dios. Este tema recoge la función deificadora que los Padres le atribúan al Espíritu, según hemos visto en Atanasio y otros, como por ejemplo, Basilio: "¿Cómo no va a ser Dios quien hace dioses a los otros?"²³⁶.

El Espíritu *procede del Padre*; esta noción que ya aparecía en el Evangelio de *San Juan* (15, 26), quiere salir al paso de la doctrina

233. *Símbolo Niceno-constantinopolitano*, Dz. 86.

234. ATANASIO de ALEJANDRÍA, *op. cit.*, 1, 23.

235. BASILIO de CESAREA, *Contra Eunomio*, 3, 2.

236. *Ibid.*, 5.

macedoniana que afirmaba que si el Espíritu Santo no es creado, o no es engendrado (siendo que sólo el Padre es no engendrado) o es engendrado (como el Hijo único). La afirmación del Concilio de Constantinopla de que el Espíritu no es criatura y a la vez procede del Padre, aprueba el pensamiento ya expresado por Gregorio de Nacianzo: "En cuanto procedente de él, no es criatura; en cuanto no engendrado, no es Hijo; en cuanto intermedio entre el no engendrado y el engendrado, es Dios"²³⁷.

Al símbolo niceno-constantinopolitano se le añadió con el tiempo la afirmación de que el Espíritu procede del Padre "y del Hijo", basada en los textos evangélicos relativos a las relaciones del Hijo con el Espíritu (el famoso *Filioque* que originará una escisión en la Iglesia siglos después: cisma de Focio, s. IX).

Al definir que el Espíritu "es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo" se corrobora la idea ya expresada de que el Espíritu Santo tiene en sí la misma dignidad intrínseca de las dos primeras personas de la Trinidad, o sea, una dignidad divina. Con esto se reconocía el uso que ya Basilio había introducido al cambiar la doxología que alababa al Padre con el Hijo "en el Espíritu Santo", por aquella otra que rezaba: "Gloria al Padre con el Hijo juntamente con el Espíritu Santo"²³⁸.

La afirmación de que el Espíritu "habló por los profetas" es otro argumento a favor de la divinidad, al atribuirle la acción realizada por el Padre que también hablaba *desde muy antiguo por boca de sus santos profetas* (*Hch* 3, 21), lo cual alude al trasfondo de la controversia marcionita, que afirmaba que no fue el Dios bueno del Nuevo Testamento el que habló por los profetas veterotestamentarios, sino el Dios justiciero, inferior a él, hacedor del mundo en una materia eterna, que es principio de todo mal. En efecto, la preocupación por tomar posición contra esta herejía duró largo tiempo en la Iglesia, como lo prueba el I Concilio de Constantinopla y otros cánones disciplinares de la Iglesia antigua (s. V).

237. GREGORIO de NACIANZO, *Oración 31*, 8.

238. BASILIO de CESAREA, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, 1, 3.

Reflexión pneumatológica de Agustín de Hipona

Pocos años después del I Concilio de Constantiniopla, a partir del 393, Agustín de Hipona pondrá todo su ingenio y saber en elaborar una teología del Espíritu Santo, al constatar que:

Numerosos son los libros que hombres sabios y espirituales han escrito sobre el Padre y el Hijo... Por el contrario, el Espíritu Santo no ha sido estudiado con tanta abundancia y cuidado por los doctos y grandes comentaristas de las divinas Escrituras, de tal suerte que resultara igualmente fácil comprender su carácter propio que hace que no podamos llamarle ni Hijo ni Padre, sino únicamente Espíritu Santo²³⁹.

Su pensamiento al respecto está diseminado a lo largo de su ingente obra, pero más elaborado en su *De Trinitate* —cuya redacción lo ocupó a lo largo de veinte años—, donde propone una reflexión sobre el misterio trinitario, de inigualable profundidad y extensión. En lo referente al Espíritu Santo, su doctrina sobre la tercera persona divina y su acción no deja de ser original.

Su reflexión se inicia haciendo una crítica a la idea del Espíritu Santo que algunos presentaban:

Algunos han osado creer que la comunión entre el Padre y el Hijo, a saber, si puede decirse, la deidad que los griegos llaman *theoteta*, sería el Espíritu Santo... Esta deidad que ellos quieren entender del amor recíproco de los dos y de la caridad que (Padre e Hijo) se tienen, sería llamada según ellos el Espíritu Santo²⁴⁰.

Personalmente parte de la constatación de que el Padre y el Hijo tienen atributos comunes que no les oponen ni les distinguen, como son la bondad y la santidad, pero no se atreve a afirmar que esto sea el Espíritu Santo:

Creemos, sostenemos y enseñamos con fidelidad que el Padre engendró al Verbo, es decir, a la Sabiduría, por la que fueron hechas todas las cosas, Hijo único, uno a uno, el eterno al coeterno, el soberanamente bueno al igualmente bueno; y que el Espíritu Santo es a la vez Espíritu del Padre y del Hijo, consustancial y coeterno con ellos. Creemos además que es Trinidad, en virtud de las propiedades de las personas, y un solo Dios, en virtud de la divinidad inseparable, como son un solo Omnipotente en virtud de su omnipotencia inseparable. Y de tal forma esto es así, que, si se nos pregunta por cada uno de ellos en particular, responderemos que ca-

239. AGUSTÍN de HIPONA, *Sobre la fe y el símbolo*, IX, 18-19.

240. *Ibid.*, 19.

da uno es Dios y Omnipotente, y, si por todos juntos, contestamos que no son tres dioses o tres omnipotentes, sino un solo Dios Omnipotente. Tal es allí la inseparable unidad de las tres personas, que ha querido mostrarse así. Sin embargo, no me atrevo a lanzar esta temeraria sentencia: que el Espíritu Santo del Padre bueno y del Hijo bueno, ya que es común a ambos, puede rectamente ser llamado bondad de los dos. Me atrevería más fácilmente a llamarle santidad de ambos, no como una cualidad de los dos, sino siendo él también sustancial y la tercera persona de la Trinidad...²⁴¹,

lo cual responde a la manera de proceder de Agustín que no parte de la esencia o de la naturaleza común para ir a las personas.

Agustín es tajante al afirmar que el Padre no es Padre más que del Hijo y éste no es Hijo más que del Padre, pero el Espíritu es Espíritu de los dos, Espíritu del Padre y Espíritu del Hijo (Cristo):

Si pues el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, ¿por qué el Hijo ha dicho que *procede del Padre*? ¿Por qué ha de ser sino porque a él suele referir lo que es suyo, por proceder él mismo de él? Y así dice: *Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado*. Si aquí se entiende la doctrina suya, que dice no ser suya, sino del Padre, ¿con cuánta mayor razón ha de entenderse que de él mismo procede también el Espíritu Santo, cuando dice: *Procede del Padre*, sin decir: No procede de mí? De aquel de quien el Hijo tiene el ser Dios (pues es Dios de Dios) tiene también el que el Espíritu Santo proceda del mismo Hijo; y por lo tanto, del mismo Padre tiene el que el Espíritu Santo proceda del Hijo como procede del Padre²⁴²,

no nacido o generado como el Hijo, sino que procede:

Así podemos entender de alguna manera, en cuanto es posible que seres como nosotros lo entiendan, porque el Espíritu Santo no se dice que nació, sino que procede; porque si se llamase hijo, lo sería de los dos, lo cual es un absurdo... El Espíritu Santo no procede del Padre en el Hijo, ni procede del Hijo para santificación de la criatura, sino que procede a un tiempo de ambos, aunque el Padre haya comunicado al Hijo el que pueda de él proceder como procede de sí mismo²⁴³,

por lo que el Espíritu sería lo que, siendo diferente, es común al Padre y al Hijo, su santidad común, su amor, unidad del Espíritu por el vínculo de la paz:

Ora se le llame unión, santidad o amor de ambos, ora unidad, porque es amor, o amor porque es santidad; pues es manifiesto que ninguna de las dos es la unión que a ambos enlaza... El Espíritu Santo es algo común al Padre y

241. *Íd.*, *La Ciudad de Dios*, XI, 24.

242. *Íd.*, *Tratado sobre el Evangelio de S. Juan*, 99, 8.

243. *Íd.*, *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, XV, 27, 48.

al Hijo, sea ello lo que sea. Mas esta comunión es consustancial y coeterna. Sí alguien prefiriere denominarla amistad, perfectamente; pero juzgo más apropiado el nombre de caridad... Y he aquí por qué no existen más que tres: una que ama al que procede de ella, otra que ama a aquel de quien procede, y el amor mismo. Porque si el amor no existe, ¿cómo Dios es amor? (cf. *Jn* 4, 8. 16). Y si no es sustancia, ¿cómo Dios es sustancia?²⁴⁴.

Agustín hereda de la tradición latina la preocupación por salvaguardar la unidad de Dios que se manifiesta en la inseparabilidad de la acción creadora y santificadora de las tres personas. Así, insiste en la unidad de sustancia y, consiguientemente, en la unidad de sustancia entre las tres personas trinitarias, y no oculta su dificultad al intentar pasar de lo esencial a lo personal.

El Espíritu Santo es Espíritu y amor del Padre y del Hijo, lo que motiva que deba decirse que procede de ambos, pero Agustín distingue que *principalmente* procede del Padre porque el Hijo recibe también de él el ser con él, origen del Espíritu:

Digo principalmente porque está probado que el Espíritu Santo procede también del Hijo. Pero esto le fue concedido por el Padre: no que el Hijo haya existido sin tenerlo, sino que todo lo que el Padre dio a su Verbo unigénito se lo otorgó engendrándole. Al engendrarle le otorgó el que procediera de él el Don común y así el Espíritu Santo es Espíritu de ambos²⁴⁵,

lo cual halla su base en la misma Escritura: "Según las Sagradas Escrituras, este Espíritu no lo es del Padre solo, o del Hijo solo, sino de ambos; y por eso nos insinúa la caridad mutua con que el Padre y el Hijo se aman"²⁴⁶.

Con bastante frecuencia Agustín llama al Espíritu Santo "Don" de Dios:

Este Espíritu Santo, que no es la Trinidad, sino que está en la Trinidad y se denomina por antonomasia Espíritu Santo, indica referencia al Padre y al Hijo, siendo como es Espíritu del Padre y del Hijo. Mas la relación no aparece en el nombre, pero se manifiesta cuando se le dice Don de Dios. Y es Don del Padre y del Hijo, pues también procede del Padre, como lo afirma el Señor. Y al Espíritu Santo se refieren estas palabras del Apóstol: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo*. Cuando decimos don del dador y dador del don, expresamos una relación mutua y formal. Luego el Espíritu Santo es como una inefable comunicación del Padre y

244. *Ibid.*, VI, 5, 7.

245. *Ibid.*, XV, 17, 29; 26, 45-47.

246. *Ibid.*, 17, 27.

del Hijo; y es muy verosímil se llame así por convenir dicha denominación al Padre y al Hijo. Es, en aquél, nombre propio; en éstos, común; pues el Padre es espíritu y espíritu es el Hijo, y santo es el Padre y santo es el Hijo. Y para expresar en el nombre esta conveniencia y mutua comunicación se llama Don de ambos al Espíritu Santo. Y esta Trinidad es un solo Dios, bueno, grande, eterno, todopoderoso. El es su misma unidad, su deidad, su grandeza, su eternidad y su omnipotencia²⁴⁷,

don que es dado sólo cuando existen criaturas capaces de poseerle y gozar de él, aunque él procede eternamente como don donable a los hombres, siendo éste uno de sus nombres personales.

El Espíritu donado como don al cristiano obra su unidad con Dios y entre los hermanos, por el mismo principio con que él sella la unidad y la paz en el seno trinitario, ideal que tenemos que imitar:

Y no en vano, según creo, hablando con tanta insistencia el Señor en el Evangelio de Juan de la unidad, de su unión con el Padre, o de la unión entre nosotros, pero sin decir jamás: para que nosotros y ellos seamos uno, sino *que ellos sean uno, como nosotros somos uno* (Jn 17, 20)²⁴⁸,

el cual también nos es dado como principio de la unidad de la Iglesia:

En nuestro lenguaje, el Espíritu Santo es no sólo el Espíritu del Padre y del Hijo, sino el nuestro también, para quienes lo hemos recibido. Sucede como en la expresión *salvación del Señor* (Sal 3, 9), que es la salvación dada y nuestra salvación, la de quienes la hemos recibido. De igual manera el Espíritu Santo es el de Dios porque nos lo da y el nuestro porque lo recibimos²⁴⁹.

Así [ellos] han querido unirse entre nosotros y con ellos por lo que une al Padre y al Hijo y hacer de nosotros una unidad por obra de aquel Don que a los dos les es común; es decir, el Espíritu Santo, que a la vez es Dios y don de Dios.

Por él, efectivamente, nos reconciliamos con la divinidad y nos deleitamos en ella... El Espíritu Santo que unifica la congregación de la Iglesia... Como la remisión de los pecados no tiene lugar sino en el Espíritu Santo, sólo puede darse en la Iglesia que tiene al Espíritu Santo... La sociedad formada por la unidad de la Iglesia de Dios, fuera de la cual no tiene lugar la remisión de los pecados, es considerada como la obra principal (propia) del Espíritu Santo, con la colaboración, desde luego, del Padre y del Hijo por ser el Espíritu Santo, en alguna manera, el lazo propio del Padre y del Hi-

247. *Ibid.*, V, 12, 13; VII, 4, 7; XV, 18, 32.

248. *Ibid.*, VI, 3, 4.

249. *Ibid.*, V, 14, 15.

jo... porque el Espíritu Santo es común al Padre y al Hijo, por ser el Espíritu del Padre y del Hijo²⁵⁰.

En la eclesiología de Agustín la sociedad de los santos (*societas sanctorum*) es obra del Espíritu, el cual hace en la Iglesia lo que el alma hace en el cuerpo:

Por tanto, quien tiene el Espíritu Santo está dentro de la Iglesia que habla las lenguas de todos. Quienquiera que se halle fuera de ella, carece del Espíritu Santo. Por esta razón, el Espíritu Santo se dignó manifestarse en las lenguas de todos los pueblos, para que comprenda que tiene el Espíritu el que se mantiene en la unidad de la Iglesia, que habla en todos los idiomas. *Un solo cuerpo*, dice el Apóstol Pablo, *un solo cuerpo y un solo Espíritu*. Considerad nuestros miembros. El cuerpo consta de muchos miembros, y una sola alma da vigor a todos ellos. Ved que, gracias al alma humana por la que yo soy hombre, mantengo unidos todos los miembros...

Las funciones de los miembros son diferentes, pero un único espíritu unifica todo. Muchas son las órdenes, muchas las acciones, pero uno solo quien da órdenes y uno solo al que se le obedece. Lo que es nuestro espíritu o nuestra alma respecto a nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo respecto a los miembros de Cristo, el cuerpo de Cristo que es la Iglesia²⁵¹,

de aquí que con frecuencia Agustín se refiera a la Iglesia como templo del Espíritu Santo²⁵².

Para Agustín la misión del Espíritu en la Iglesia y en el creyente se consuma en el regreso al Padre por el Hijo, donde el Espíritu Santo es el principio de nuestro retorno a Dios.

Conclusión

A lo largo de estas páginas hemos consultado el testimonio de la Iglesia de los primeros siglos sobre el Espíritu Santo, en su doble vertiente de la experiencia de su presencia y de su obrar, en la reflexión teológica hasta llegar a la definición dogmática de su divinidad en el I Concilio de Constantinopla (381).

Toda esta vivencia y enseñanza de la Iglesia antigua resulta particularmente actual hoy, cuando asistimos a un renacer de la experien-

250. *Ibíd.*, Sermón 71, 18.28.33.

251. *Ibíd.*, 268, 2.

252. *Ibíd.*, 71, 12. 18-20. 33; *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, XV, 21, 41.

cia carismática en la Iglesia de nuestros días, con el consiguiente peligro de caer en posturas que opongan lo carismático a la iglesia institucional.

La historia, maestra de la vida en el quehacer humano y mucho más en el ámbito eclesial, nos enseña cómo evitar extremos peligrosos, a la vez que nos sostiene con el testimonio de las primeras Iglesias que, si por un lado vivían con intensidad la presencia y la acción del Espíritu en su interior, al mismo tiempo reposaban en la unión complementaria del elemento carismático y del jerárquico-institucional, —que son en realidad complementarios—, siendo el último un carisma más del Espíritu al servicio del pueblo de Dios.

Todo el largo proceso de clarificación de la fe que profesamos, debe suscitar en nosotros el agradecimiento a Dios que por su Espíritu la fue revelando a la Iglesia, a la vez que el compromiso que la haga fructificar en frutos de vida eterna para el hombre de hoy, como lo ha expresado el Papa Juan Pablo II: “no debemos limitarnos a recordar estos importantes aniversarios como hechos del pasado, sino reavivarlos también con nuestra contemporaneidad y conectarlos con profundidad con la vida y los cometidos de la Iglesia de nuestro tiempo”²⁵³, y así poder transmitirla inalterada a los cristianos del mañana.

Este aporte de los primeros Padres de la Iglesia y de sus comunidades a la definición y expresión de la fe en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, fue puesto de manifiesto por el mismo Papa Juan Pablo hace pocos años, al conmemorar los XVI siglos de la celebración del I Concilio de Constantinopla:

... la enseñanza del Concilio Constantinopolitano I es todavía hoy la expresión de la única fe común de la Iglesia y de todo el cristianismo. Confesando esta fe —como hacemos cada vez que recitamos el Credo— y revisiéndola en la próxima conmemoración centenaria, queremos poner de relieve lo que nos une con todos nuestros hermanos, a pesar de las divisiones que han surgido a lo largo de los siglos. Haciendo esto a mil seiscientos años del Concilio Constantinopolitano I, damos gracias a Dios por la Verdad del Señor que, mediante la enseñanza de aquel Concilio, ilumina los caminos de nuestra fe y los caminos de la vida en virtud de la fe. En esta ocasión se trata no sólo de recordar una fórmula de fe, que está en vigor en la Iglesia desde hace dieciséis siglos, sino al mismo tiempo de hacer cada vez más actual en nuestro espíritu, en la reflexión, en la plegaria, en la

253. JUAN PABLO II, *Carta a los obispos con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Éfeso*, 6 (25 de marzo de 1981).

contribución de la espiritualidad y de la teología, esa fuerza personal divina que da la vida, ese don hipostático —*Dominum et vivificantem*—, esa Tercera Persona de la Santísima Trinidad que en esta fe es participada por cada una de las almas y por toda la Iglesia. El Espíritu Santo continúa vivificando a la Iglesia, conduciéndola por los caminos de la santidad y del amor. Como bien indica San Ambrosio en la obra *De Spiritu Sancto*, “aunque él es inaccesible por naturaleza, sin embargo puede ser recibido por nosotros gracias a su bondad; llena todo con su poder, pero de él participan sólo los justos; es simple sustancia, rico en virtud, está presente en todos, divide lo que es suyo para darlo a cada uno y está todo él en cada lugar (I, V, 72)”²⁵⁴.

Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles
C. C. 34 - 7300 Azul (B)
Argentina

Roberto PEÑA, ocsó

254. *Ibid.*, 1.